



## RELACION DE LA BARAJA

*que ordenó un Soldado llamado Miguel de Ricart en la ciudad de Brest, en la cual se hallará lo que contemplaba él estando en Misa, por medio de las figuras que había en ella.*

**E**mperatriz de los cielos,  
Madre y abogada nuestra,  
dadme, celestial Aurora,  
términos á mi rudeza,  
aliento á mi tosca pluma  
para que referir pueda  
á todo aqueste auditorio,  
si un rato atencion me prestan,  
un caso que ha sucedido  
en Brest, ciudad rica y bella,  
con un discreto Soldado  
en el año de noventa,  
estando de guarnicion

en ella, segun nos cuentan;  
y asi confiado en vos,  
sacratísima Princesa,  
refugio de pecadores,  
fuente pura y mar de ciencia,  
daré principio á este caso,  
atencion que ya comienza.  
En esta ilustre ciudad,  
dichosa, fértil y amena,  
divertida, alegre y rica,  
apacible y placentera,  
un domingo de mañana,  
serian las siete y media,

por cumplir con el precepto que nos obliga la Iglesia las fiestas y los domingos, que es oír la Misa entera, dioles orden un Sargento á sus Soldados que fueran á cumplir este precepto, y prestaron obediencia, cuando fueron todos juntos á la mas cercana Iglesia, y estando la misa oyendo con muy grande reverencia, Ricart, que este es el Soldado por quien el caso se cuenta, á quien castigaba mucho del Sargento la soberbia: en vez de un libro devoto sacó de la faldriquera un juego de Naipes finos, y con la cara muy seria se los ha puesto delante como si en manos tuviera un libro santo y devoto, la contemplacion empieza. Los asistentes notaron la preocupada idea, y el Sargento le mandó que la baraja escondiera, reprendiendo al mismo tiempo el escándalo en la Iglesia. Ricart atento escuchaba las veras con que lo muestra, y sin replicar palabra ha continuado en su idea. Acabada ya la Misa, sin que un punto se detenga, el Sargento le mandó á Ricart que le siguiera, y se fueron los dos juntos

y en casa del Mayor entran, á quien el Sargento dió del escándalo la queja; y el Mayor muy enojado le dió una reprension severa, diciendo de aquesta suerte: ¿que temeridad es esa y poco temor de Dios escandalizar la Iglesia? A lo que le respondió Ricart con mucha modestia: si vuestra merced, señor, un rato atencion me presta responderé yo mi disculpa, y dejaré satisfecha vuestra grande correccion, porque todo el mundo sepa que hay lances que son forzosos y esto nadie lo niega. Movido á curiosidad le mandó que lo dijera. Sepa usted, señor Mayor, que por ser la paga nuestra tan corta, que apenas basta para las cosas primeras, que es el sustento del cuerpo, y si algun cuarto nos queda nos vamos á echar un trago. Bajo este supuesto, vea si tendrá el pobre Soldado para libros, doctrinetas y otras cosas semejantes; y entonces con diligencia sacó Ricart la Baraja, y dijo de esta manera: sepa usted, señor Mayor, como esta Baraja entera suple en mi todos los libros, á cuya compra no llegan

míis muy cortas facultades por ser pocas y pequeñas; y empezando por el *As*, que esta es la carta primera, dijo: cuando veo el *As*, señor, se me representa un solo Dios criador de todas cosas diversas: en el *Dos* el nuevo y viejo Testamento se me acuerda: el *Tres*, que son tres Personas y una sola Omnipotencia. El *Cuatro* me hace pensar, y es preciso que lo crea, en los cuatro Evangelistas, segun la escritura enseña, que son Juan, Lucas, Mateo y Marcos por cosa cierta. En el *Cinco* hago memoria de cinco Vírgenes bellas, que delante del esposo se presentaban con régias lámparas, y entrar las hizo en la sala de la fiesta. El *Seis*, que Dios crió el mundo en seis dias, cosa cierta: el *Siete*, que descansó, por cuya causa primera deben todos los cristianos gastar los dias de fiesta, y especialmente el domingo en oracion santa y buena. En el *Ocho* considero las ocho personas buenas que del Diluvio escaparon por divina providencia, que fué Noé y su muger, sus tres hijos prendas tiernas de su fino corazon,

con sus tres esposas bellas. Llegando al *Nueve* me acuerdo de la cura de la lepra de aquellos nueve leprosos que entre todos uno hubiera, que por tantos beneficios gracias al Señor le diera. El *Diez* me hace pensar, y á la memoria me lleva todos los diez Mandamientos de nuestra ley verdadera. Así que acabó Ricart con grandísima cautela de pasar las cartas blancas, asi que á la *Sota* llega la pasó sin decir nada, y dijo: ocasion es esta para poder esplicar á mi Mayor esta idea; y mostrándole la *Dama*, que en la baraja francesa es lo mismo que el caballo, y dijo: la *Dama* es esta, es la hermosa reina Saba que vino con gran presteza de la otra parte del mundo solo por ver la gran ciencia del sábio rey Salomon, que fué grande segun cuentan. En el *Rey* recapacito que hay un rey de cielo y tierra y que debo servir bien á su divina grandeza. Aun me estenderia mas sino turbára la idea que en las cincuenta y dos cartas de esta Baraja francesa trescientos sesenta y cinco puntos se incluyen en ella;

el número de los días son, que entre sí el año encierra, las cincuenta y dos semanas que doce meses completan; de modo que la Baraja me sirve de oracion buena, de libro de bibliar para cuando esté en la Iglesia; de Almanac, de Catecismo y de oracion muy perfecta. Así que acabó Ricart de referir esta idea, dijo el Mayor: yo he notado una cosa, y bien quisiera que tú me la declararas, y Ricart dió por respuesta, diga usted, señor, que yo la diré como la sepa. ¿Por qué la Sota has pasado sin que de ella me dijeras ni tan solo una palabra como si carta no fuera? A lo que le respondió: señor, si me dáis licencia y prometeis no enfadaros diré luego lo que queda de la Sota, y el Mayor le mandó que lo dijera: entonces sacó la Sota, y dijo de esta manera: esta Sota la comparo, sin que nadie lo desmienta, al hombre más ruin é infame que hubo de naturaleza, que es el Sargento que aquí me trajo á vuestra presencia, pues es el que me castiga

siempre á diestra y siniestra aunque yo no tenga culpa, que esto es lo que me molesta. Quedó admirado el Mayor de tan ingeniosa idea, y á Ricart lo regaló para que á su casa fuera cuatro doblones en oro, y le otorgó la licencia. Así que tuvo el dinero y orden para que se fuera salióse de la ciudad, y el Sargento allí se queda maldiciendo su fortuna, solo por ver la cautela con que Ricart dió á entender á su Mayor esta idea, que siempre le castigaba aunque culpa no tuviera. Llegó muy presto á su casa, y á sus parientes les cuenta lo que le habia pasado, de lo mucho que se alegran. Y el poeta á vuestros pies pide perdon de la idea, y encarga á los circunstantes, y dice por que lo sepan si hay algunos que lo ignoran que la Baraja francesa se compone de as y dos, segun consta por esperiencia, tres, cuatro y el cinco, que en olvido no se queda el seis, el siete y ocho, nueve y diez por cosa cierta, la sota, la dama y el rey, que esta es la carta postrera.

Valladolid, Imprenta de Dámaso Santaren, 1850.

